

CATALUÑA Taurina

BARCELONA * 20 de junio de 1967 * SUPLEMENTO NUMERO 28



LOS «GESTOS» TOREROS

No cabe duda de que el arte taurino se encuentra sometido a unas disciplinas. Totaliza un conjunto de saberes; entraña, pues, el despliegue de una técnica, de unas reglas académicas. Ahora bien, existe en el arte taurino un amplio espacio al margen de las posibles normativas y que puede ser ocupado por la improvisación del instante. Entendemos que en dos momentos puede polarizarse esa descarga espontánea y natural, nacida del espíritu mismo del torero. Uno de ellos frente a la cara del toro; es decir, en los «adornos», donde tantas veces se rectifica una postura, corrigiéndola con «gracia».

Sin embargo, no vamos a referirnos hoy a ese mundo espontáneo y variopinto de los «adornos» taurinos, exigente ya de un estudio analítico. Centraremos con urgencia nuestra atención en ese otro manantío libre y marginado de toda disciplina académica y que se denomina «gesto» del diestro.

Nuestro querido colega Antonio Abad Ojuel, en su libro «Los Toros», titula un capítulo con ese rótulo: «Gestos toreros». Para él estos «gestos» o alardes gallardos se alinean, bien dentro del círculo de la plaza o bien fuera de la misma. Y recuerda como «gesto» taurico marginado del redondel el de Francisco Montes «Paquiro» bajo el claro cielo de Chiclana. Salió el enorme torero de una taberna junto con algunos miembros de su cuadrilla. Sabedor de que iba a pasar por la calle un encierro con toros de seis años, se sentó en la acera, así como sus subalternos. El «gesto» consistía en quedarse tranquilamente, con las posaderas apoyadas en el bordillo, viendo pasar a los terribles astados junto al grupo. De esa forma se probaba que no «había mujeres entre ellos».

«Gestos» taurinos dentro del anillo taurino se conocen muchos y aun han llegado hasta nosotros bastantes. Desde acostarse delante de la res, citar a banderillas con los pies encadenados o clavar un par al quiebro con los pies sobre un pañuelo; iniciar la faena de muleta con ayuda-

dos por alto con los pies en la montera; citar a herir sin más engaño que un pañuelo o una flor. Se trata de actitudes adoptadas en un instante dado, sin precedente —aunque luego terminasen en muchos casos constituyendo academia—, amanechidas en lo profundo del espíritu del artista como consecuencia de un estímulo externo: un ademán de emulación gallarda para oponerse al «gesto» de un rival. Quizá el agradecer la mirada negreadora de una mujer en la barrera...

Por desgracia, en la terrible socialización a la que está sometida la Fiesta brava, los «gestos», agua de los cálidos veneros de la individualidad, se van apagando de los ruidos. No hay «gestos», como tampoco existe el factor competitivo de los «quites». Estamos haciendo de un arte espontáneo, apoyado en talentos individuales, algo aburrido y burocrático: se cuelgan banderillas con el mismo ademán monótono del que pega una póliza en una instancia legalizada. No hay en él posible «competencia», como tampoco la entablan en las sucursales de los Bancos los empleados a ver quién llena antes las columnas de los sumandos.

Acabamos de asistir a una corrida en Barcelona en la que actuaban juntos Miguélin y Paquirri. No tuvieron el «gesto» de ofrecerse banderillas en sus toros; ambos, salvo excepciones, estuvieron monótonos y cansinos con los palitroques, clavados sin alegría, como el que deja la ropa de faena en «su» casillero de trabajo.

Hemos sentido una profunda inquietud. Torear, lidiar, es ciencia de posible aprendizaje. También se sale dibujando, más o menos bien, de las aulas de una Escuela de Bellas Artes. Pero no existe una escuela, una academia de «gestos». Son flores que nacen en la maceta de uno mismo. Y mucho nos tememos que en esta etapa de toreros «robot» no quede tierra donde arraigar esa vieja y entrañable floricultura espontánea y personalísima.

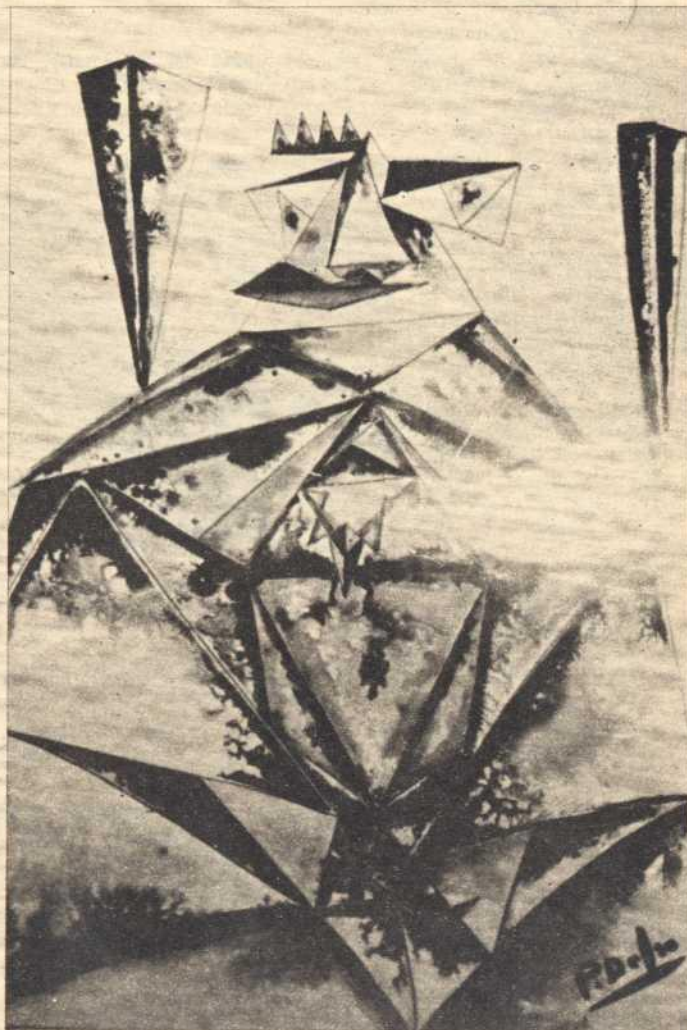
Rafael MANZANO



PICADORES.—El arte catalán registra muchas escenas taurinas: he aquí dos «picadores» pintados por dos artistas muy distintos: Ribas Rius, clásico, nos ofrece este bellissimo aguafuerte; Pedro Delso, inventor del «triangulismo», refleja en su obra este «varilarguero» resuelto a base de triángulos. (Colección taurina R. Manzano. Reproducción Carbó.)



Uno de los más dotados artistas catalanes fue J. L. Coll: había ilustrado, durante varios años, las crónicas taurinas de Néstor Luján, en «Destino», y realizó diversas Exposiciones en la Sala Rovira. Por desgracia, la muerte lo arrebató de entre nosotros en plena juventud. Reproducimos un «guachs» con un «toro saliendo de chiqueros» de la colección barcelonesa de R. M. Reproducción. (Carbó.)



EL DEDO DE COLON

(RUMOR Y HUMOR EN LAS RAMBLAS)

La estatua de Colón acogió mi presencia el otro día con una sonrisa:

—¿Se mojó el día 8 con la corrida anti-diluviana?

—Menos guasa, Almirante. No me mojé porque estaba bajo techo. El que se mojaría sería usted.

—Pero, sin empaparme; porque estoy hecho de bronce.

—Irónico estás. Señale.

—Hablo por los espadas que despacharon los toros de Molero, y por sus cuadrillas. El agua entra por los poros y hay que saber nadar para mantenerse a flote.

—Eso no es señalar. Concrete.

—Verás. He dicho corrida anti-diluviana, no por su posición prehistórica, sino porque se desarrolló tercamente contra el diluvio.

—Culpa de la presidencia por no suspenderla al ver cómo se puso el ruedo en el tercer toro.

—Alto; la presidencia, en estos casos, está amparada por el Reglamento. Que dice: «Cuando la lluvia caída con posterioridad al apartado, haya puesto en mal estado el piso del redondel, se oirá la opinión de los espadas y, en su virtud, el presidente acordará, en atención a la mayoría de criterio expuesto por aquéllos, si procede o no suspender el espectáculo. Y, como los espadas consultados —Luis Se-

gura, Efraín Girón e Inclusero— dijeron que, adelante, pues... siguió el concurso de esquí acuático. Reglamentario.

—Pues pudo venir un perjuicio para ellos mismos y sus cuadrillas.

—Cosas del Reglamento. Que debería disponer ciertas medidas. Por ejemplo, el alguacillo salió a cortar una oreja con impermeable. Bien hecho. Pero, ¿por qué el Reglamento no prevé unos trajes de plástico transparente para los toreros? Los caballos de picar, con el peto, ya van resguardados; pero, ¡los picadores...! Eso de entrar empapados al patio, esperar, volver a montar y salir a puya y mona al descubierto... es una tortura!

—¡Impermeables de plástico; lo que faltaba!

—Pues, suspensión; contra la opinión de los espadas. Escuche, también el público debe ser consultado. Una corrida pasada por agua, viendo en peligro a los espadas, aunque sea por voluntad de éstos, no gusta a nadie. Además no se aprecia bien la lidia de los toros; que tampoco son consultados. Pero, sobre todo, hay que pensar en el público; que también se moja cuando llueve.

—El otro día se mojó el que quiso. Había sitio suficiente en las localidades cubiertas.

—Porque la entrada era muy floja. Pero, imagínese la que se armaría con un diluvio de esos a plaza llena. Invasiones, pisotones, discusiones... No cabrían todos, se armaría un cisco padre y, entonces, si, amparado por el Reglamento, el presidente tendría que suspender el espectáculo por razones de fuerza mayor. No es justo.

—¿Qué propone usted?

—Que sea de absoluta responsabilidad del presidente. Un fallo más del Reglamento. No permite que los cambios de suerte sean de criterio del espada y, sin embargo, algo de suma importancia con el orden y feliz realización de una corrida, lo deja a la voluntad de los toreros. Un diluvio, sobre una plaza,

es como sobre un campo de trigo con la mies segada; perjuicio para todos. Pues saquemos del perjuicio el menos. Por ejemplo, cuando la entrada es floja, el empresario pierde lo suyo. Si se le dejase opinar también diría que, ya que el ruedo está sin condiciones, al menos que se le deje el beneficio de tres toros sin lidiar.

—¡Pero si son los propios toreros los que quieren seguir...!

—Ese es el error. Los toreros quieren seguir actuando bajo el diluvio porque han de nadar... para guardar la ropa.

—Ese refrán está mal dicho.

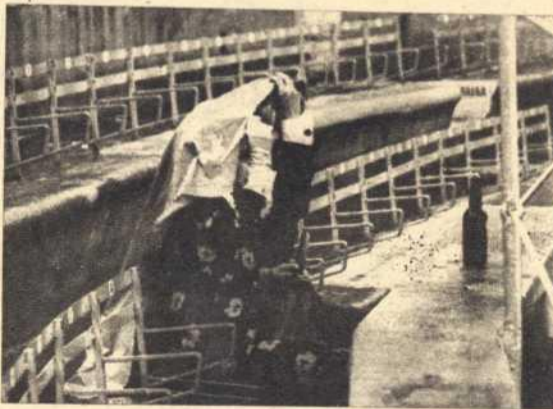
—No, hombre. Si los toreros llevan pocas corridas, quieren aprovecharlo todo; hasta el Diluvio Universal, sin impermeable y sin barca.

—¡Ya le entiendo! Usted quiere decir que si, por ejemplo, esa corrida la hubieran toreado Ordóñez, Paco Camino y Cordobés..., ¿se hubiera suspendido?

—¡Natural, hombre! Ellos pueden prescindir del agua. Y tampoco es justo que el Reglamento vele por la seguridad de unos y no por la de los otros. Hay que tener en cuenta que todos no son de bronce.

El Almirante, diciendo esto, miró con cierto desprecio a unas nubes grises que comenzaban a descargar agua y se quedó tan fresco. Yo me puse a correr Ramblas arriba. Como los aficionados en la plaza... cuando no torear las figuras.

“PEP VENTURA”



TOROS RIMADOS EN BARCELONA

EL LANCE, LA VARA, LAS BANDERILLAS, LA MULETA Y LA ESTOCADA, EN VERSOS DE JOSE MARIA TAVERA

Veinticinco años de Radio: Premio Internacional de Radiodifusión de Italia, “Ondas” y “La Antena de Oro”

CRITICO TAURINO Y POETA

José María Tavera nació en Salamanca. Estudió Derecho. A los diecinueve años era abogado. Terminó el año 1930. No ejerció nunca. Estuvo en Radio Nacional de España, en Madrid. Vino a la Ciudad Condal y entró a formar parte de Radio Barcelona. Ejerció en ella la crítica para «Cid», bajo el seudónimo de «El tío Mateo». Pasó a Radio Nacional de España, en Barcelona.

Cada noche, a las doce en punto, por las ondas llega a los receptores su «Compás de madrugada». Es una divagación al aire en prosa poética. Porque José María, por encima de todo, es poeta; poeta de la prosa y de los versos.

—¿Cuándo nació el poeta?

—Nació conmigo.

—¿El aficionado?

—El año 1917. Tenía José María Tavera seis años. Mi tío, crítico taurino, empezó a llevarme. Chicuelo, Granero, Eladio Amorós y La Rosa toreaban de becerristas.

—¿El crítico?

—En Barcelona, el año 1948. Esa tem-

Ya Córdoba es estatua; ya, en la arena, es, al vivo resol corinto y grana, erguida torre y bronce de campana.

—¿Cuál es el torero a quien más poesías han dedicado?

—Creo que a Joselito y a Manolete.

—¿Tu torero?

—Ninguno; cada cual en un momento.

—¿Tu toreo?

—El inmovible por encima de todas las modas.

—¿Tu pase?

—El natural.

—¿Tu suerte?

—La de varas, cuando se realiza bien.

—¿Tu toro?

—El bravo y noble, sin caer en la tontería del de carril.

—¿El momento más bello?

—La estocada.

—Defíneme, en poeta, el toreo de capa.

Tavera, sin dudar, va escribiendo sobre el papel que tiene encima de su mesa. Lee:

—Citar de frente, adelantar la pinya, cargar la suerte, y, de contera, el recorte, la media o la revolvera.

—La vara.

—Alegrar con la puya, el caballo sesgado, y girando la izquierda, salir limpio y dejarlo ahormado.

—Las banderillas.

—Clavarlas como un requiebro para alegrar al toro, cuadrar en la cara, alzar los codos, y, de paso, salir del encuentro apoyado en los palos.

—La muleta.

—Preparar a la fiera a bien matar, y, si, además, se puede, saberse adornar.

—La estocada.

—La suerte suprema, hoy olvidada. La que mata es la izquierda, al vaciarla y doblar la cintura sobre el pitón contrario. En corto y por derecho; pero, ¡es tan raro!

Seguimos hablando. De versos y de toros. Tavera es conversador extraordinario. Sigo pasando hojas de su responso a Manolete. Del «Diálogo de Córdoba y su torero» copio el siguiente fragmento.

Pálido Abderramán de seda y oro; vive tu sueño loco, que tu nombre sonoro lo va gritando el río poco a poco y, en el cielo, cada estrella, en la noche, enardecida, saca el blanco pañuelo de una nube al azul recién nacida para pedir, a coro, la oreja del toro de tu vida; pálido Abderramán de seda y oro.

Y de «Ciudades en réquiem»:

Córdoba en cuerpo presente, que, a hombros porque aún es él, por los caminos me viene.

O

¡Ay, Cuesta de los Gomeles, sólo ya para subir! Yo era Granada, Granada abierta en gloria sutil a su muñeca de cera sin fin.

Y

¡Quiebro de Torre del Oro a la Puerta de la Carne! ¡Natural de la Alemda, con remate del hondo de pecho blanco de San Juan de Aznalfarache!

Mario DE TRIAS



porada y las dos siguientes hice la crítica de toros en Radio Barcelona, para «Cid», con el seudónimo de «El tío Mateo». Actualmente sustituyo al titular en Radio Nacional cuando está fuera.

—¿El hombre de la radio?

—Hace veintiséis años. El pasado junio me dedicaron un homenaje por mis bodas de plata.

—¿Premios?

—De radio, el Premio Internacional de Radiodifusión de Italia, el «Ondas» y la «Antena de Oro». En poesía, no lo sé. Muchos... De verdad que he perdido la cuenta de los que me han concedido en Certámenes y Juegos Florales.

—¿Cuántas poesías a los toros?

—Varias; entre ellas, un responso a Manolete: «Réquiem para un torero se-nequista». («A la hora en punto de la muerte»; «La copla»; «Diálogo de Córdoba y su torero»; «Pregunta al sendero y al árbol»; «El cite»; «El destino» y «Ciudades en réquiem».)

Lo hojeo. Me detengo en «El cite» y copio:

Ya está en olor de muchedumbre el [mozo, ya es todo carne en vilo de aventura, ya entra el semicírculo del gozo mientras que dos puñales, trozo a trozo, cierran el girasol de su cintura.

Séneca silencioso en el albero, filosofía del tiempo y de la pena, el destino en la gloria prisionero ¡Cristo de Montañés hecho torero!